

La transición infinita. La “insurrección oligárquica” contra el Estado Plurinacional

Rafael Bautista S.

*Taller de la Descolonización
Universidad Pedagógica de Bolivia*

Abstract

The coup that took place in Bolivia in October 2019 cannot be approached as if it were a "classic coup", since it is inscribed in the new conceptual definition of what a "soft coup" means, within the terminology used by the imperial "smart power". It was planned as a "color revolution" designed to implode democratic processes from within. Precisely the novelty of this coup modality is one of the factors that confused many analysts, because if what we have is a classic idea of a "coup", it is difficult to understand this type of modality developed by the Empire to exercise a new type of control and domination of its peripheral sphere. In this sense, the definition of "infinite transition" is intended to point out the deceitful character used by the coup government to define itself as "transitional" when, in fact, it attributed to itself a state behavior that belied its pretended transitory character.

Keywords

Geopolitics, decolonization, coup in Bolivia, oligarchic insurrection

Resumen

El golpe que se dio en Bolivia en octubre de 2019 no puede ser abordado como si se tratara de un “golpe clásico”, sino que se inscribe en la nueva definición conceptual de lo que significa un “golpe suave”, al interior de la terminología que usa el “smart power” imperial. Fue planificado como una “revolución de colores” pensada para implosionar procesos democráticos desde adentro. Precisamente la novedad de esta modalidad golpista es uno de los factores que descolocó a muchos analistas, pues si lo que se tiene es una idea clásica de “golpe”, mal se puede entender este tipo de modalidad que el Imperio ha desarrollado para ejercer un nuevo tipo de control y dominación de su ámbito periférico. En ese sentido, la definición de “transición infinita” quiere señalar el carácter embaucador que usó el gobierno golpista para autodefinirse como “de transición” cuando, en los hechos, se atribuyó un comportamiento estatal que desdecía su pretendido carácter transitorio.

Palabras Clave

Geopolítica, descolonización, golpe en Bolivia, insurrección oligárquica

Introducción

El episodio acaecido en Bolivia, bajo el ficcionado relato mediático de “revolución pacífica” por parte de los llamados “pinitas”, expone la funcionalización de conflictos estructurales e históricos para desenvolver lo que, en la terminología de las *guerras de cuarta generación*¹ se conoce como *revolución de colores* (Bautista 2018a).

¹ Las *guerras de cuarta generación* son guerras en las que se involucran estrategias mediáticas como fundamentales en el éxito de las mismas. La estrategia consiste en provocar derrumbes sociales y políticos, sobre todo en países con Estado frágil; operativizados mediáticamente por ofensivas psicológicas tendientes a desatar conflagraciones sociales que reclamen intervenciones externas. El laboratorio de este tipo de guerras fue, sin duda, la guerra de los Balcanes (Bautista 2009b, 33). Para una más detenida comprensión de esta resignificación del concepto de guerra, se sugiere no remitirse exclusivamente a la cantidad de revistas de geopolítica que lo usan, sino al manejo conceptual situado que hacen geopolitólogos como Alfredo Jalife-Rahme, Pepe Escobar o Thierry Meyssan; de modo similar, para una descripción del cómo se funcionalizaron las contradicciones nacionales para beneficio de un reposicionamiento de la influencia occidental en el Medio Oriente y el espacio postsoviético, bajo el concepto de *revolución de colores*, revisar los análisis de Thierry Meyssan en su página voltairenet.org referidos a estos escenarios.

Este trabajo examina histórica y geopolíticamente la alteración del proceso democrático reiniciado en 1982, cuyos componentes novedosos posibilitan una reflexión coyuntural de mayor alcance que los “análisis de coyuntura”.² La figura jurídico-política del Estado Plurinacional como emanación histórico-revolucionaria del “proceso de cambio”, y la decadencia hegemónica imperial, traducida en crisis civilizatoria y colapso del mundo unipolar, son el contexto y *máxima referencia* del espesor de la coyuntura aparentemente solo nacional.

Pretendemos brindar una perspectiva esclarecedora de la coyuntura desatada en octubre de 2019 a la que denominamos “insurrección oligárquica”, cuyo desenlace fue un golpe atípico (para el caso boliviano) que instauró un autodenominado “Gobierno de transición” que hizo de la transición (interminable) una alteración del carácter plurinacional del Estado.

Este diagnóstico nos permite sopesar críticamente los alcances de esta “insurrección oligárquica” desde una exposición histórica y geopolítica, para mostrar la gravedad de algo extensible a todo el arco sudamericano: la aplicación de una estrategia de contención de la geoeconomía del dólar ante la expansión del yuan en el *backyard* imperial. No se trata de una lectura circunstancial, sino de una histórico-política en toda su extensión epistémica.

1. Exposición de la temática

La retórica conservadora —activando prejuicios señorialistas— logró rearticular la idiosincrasia social urbana contra un proyecto que reivindicaba al indio como sujeto político.³ Esta movilización propició el golpe de Estado de

² Usamos la denominación “análisis de coyuntura” para referirnos a los análisis políticos que se hace comúnmente, a diferencia de lo que pretendemos indicar como “reflexión coyuntural” y los vectores amplificadores que exponemos después. Brevemente, el análisis, entendido como describir fotográficamente la realidad, necesita hacer de ella, metodológicamente, un objeto de disección. La indiferencia de toda descripción deja de lado lo moviente y novedoso que emerge como nuevo observable (cuya admisión requiere un trabajo epistemológico previo). En ese sentido, pretendemos un abordaje más complejo, un tratamiento multidimensional que haga inteligibles las direccionalidades históricas que promueve este *nuevo observable*, que es el *sujeto plurinacional*.

³ Mas allá de su fidelidad o no con el horizonte indígena, el proyecto del Movimiento al Socialismo (MAS) ingresa en la arena política bajo las banderas histórico-populares de lo más excluido del concepto de nación, que había originado una república exclusiva para “ciudadanos”. Por ello, el MAS se autodenominaba IPSP: “Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos” (Bautista 2009a).

2019 y demostró que la idiosincrasia oligárquico-señorialista detenta marcada influencia social en Bolivia y capacidad para subsumir a la opinión pública en respaldo de su reposición como élite política, con la clase media como principal bloque de reclutamiento.

Los cambios objetivos originados por el “gobierno del cambio” —implementación de infraestructura en producción, circulación y distribución económica; avances en salud, educación y comunicaciones; inclusión social y económica, amplificación de derechos, inédito crecimiento económico, etc.— no constituyeron garantía perdurable para hacer hegemónico un proyecto de recuperación nacional. Los cambios formales no fueron acompañados por cambios *reales* en la propia subjetividad de la nación, en el horizonte de prejuicios y expectativas que debía transformarse como política de Estado. Una revolución que no produce al sujeto de la revolución fracasa inevitablemente.

La experiencia boliviana demuestra que los logros de inclusión y ascenso social pueden resultar contradictorios cuando esa forma de inclusión genera nuevos nichos de aburguesamiento que reproducen la forma de vida moderna, fuente del conjunto de exclusiones que promueve la desigualdad ingénita como base antropológica del orden político. Por eso el “proceso de cambio” se proponía como revolución democrática y cultural. Pero lo que iba a transformar fue abandonado por la inercia política de la gestión y continuidad gubernamental, porque se perdió el sentido del horizonte utópico y todo “cambio” se redujo a lo formal, dejando la sustancia de la injusticia y desigualdad instituida.

Ingresamos de *modo formal* al Estado plurinacional, pero la dirigencia del nuevo Estado continuaba atrapada en el horizonte de prejuicios del anterior. La izquierda (oficialista y opositora) no se veía, ni se ve, desde la objetividad producida por el nuevo horizonte político. Por eso sus apuestas fueron menguando en capacidad política y deviniendo cálculo político. La reactivación del no superado orden instituido —en cuanto oligárquico-señorial— mermó las capacidades reales del poder constituyente emanado de un sujeto que, al ser desplazado del poder político, provocaba la implosión del Estado plurinacional.

La defenestración sistemática de la figura de Evo constituyó el caldo de cultivo para transformar la idiosincrasia señorialista urbana en racismo descartado; esta actualización de los prejuicios señorialistas provocó un renacido y anacrónico “republicanismo”. El golpe no se justificaba por una discrepancia democrática, sino por lo que ha desatado en su corta permanencia: la destrucción del nuevo Estado. Volver al pasado republicano

(fisonomía estatal que adopta la burocracia realista-colonial desde 1825) constituye la base política de una oligarquía que, desde la asunción del primer presidente indígena, jamás aceptó ni perdonó la osadía de que su considerado “inferior” le disputara tanto el poder político y económico como su condición de élite, y promueva en el imaginario social la idea de un país “igualitario”.

El golpe y la consecuente dictadura indican que la lucha histórica entre nación y anti-nación ha renacido, con la rearticulación del miedo oligárquico al “indio hecho multitud”. Esto es lo primero a tematizar cuando se intenta considerar los conflictos actuales a la luz de la historia contenida en la lucha popular por la verdadera recuperación de la democracia. Pretendemos exponer una perspectiva que, más allá del “análisis de coyuntura”, muestre tanto la densidad histórica que se debate en el presente político como su amplificación hacia un diagnóstico del tipo de mundo que presupone esta coyuntura y que configura los márgenes de posibilidad de todo proyecto nacional.

2. Consideraciones metodológicas de una reflexión coyuntural

Una reflexión coyuntural no considera a la coyuntura mera escenografía de las tensiones políticas; se adentra en el verdadero tiempo político como amplificación histórica adquirida por el presente cuando se propone la resolución diferida de la historia hecha presente político (Bautista 2019a). Cuando el presente se hace verdadero tiempo político, activando la memoria como apelación de sentido histórico de un pueblo a su pasado, deviene coyuntura, no determinada por el grado de conflictividad, sino por el tipo de densidad histórica que manifiesta el o los conflictos.

Es fundamental considerar esta apelación para describir el tipo de densidad que despierta un conflicto, pues no todo conflicto logra activar y potenciar una movilización de ruptura explícita del orden imperante (que hace posible una revolución). Si en el presente se debaten siempre tiempos pasados, como reminiscencia o invocación, cuanto más en un proceso de actualización de demandas históricas que nunca se agotan en la referencia a algún conflicto presente.

La apelación de sentido histórico es demandada por el presente cuando su indefinición ocasiona la incertidumbre de su proyección. Esta apelación solo puede hacerse al pasado en tanto acumulación histórica del presente y pasado hecho presente o actualidad productiva; es lo que configura al presente como

“tiempo mesiánico”:⁴ el *tiempo-ahora* en cuanto *acontecimiento*, que hace del presente político una *vivencia mítica* de todos los tiempos.

Una revolución no puede entenderse solo como el conjunto de conflictos multiplicados que origina una insurrección generalizada; tampoco es definida por el asalto del poder político (que puede ser orquestado por intereses antinacionales, como una “revolución de colores”). Lo que abre la posibilidad de comprender la densidad de una revolución es la acumulación orgánica de la historia negada hecha presencia efectiva y expresada en una *narrativa mítica* que encarna el protagonismo interpelador de un sujeto emergente capaz de alterar y renovar la política.

En la constitución de un actor en sujeto político e histórico percibimos el proceso de constitución de un *pueblo en tanto que pueblo* (Bautista 2019a), y definir una revolución como el suelo y la materia que inaugura el campo político conduce a la comprensión del sujeto creador de toda revolución: el pueblo. La reflexión se propone superar la lógica instrumental del análisis (sujeto-objeto) y ascender metodológicamente a la exposición histórica del sujeto de toda política como el *actuante medular*⁵ que hace del presente *tiempo político*. Exponer al sujeto es hacer manifiesta la historia presupuesta en él como contenido material hecho proyecto político (Bautista 2013).

Ahora bien, la historicidad del sujeto es también apertura del presente en su máxima dimensión contextual. La escenografía actual brinda profundidad de perspectiva a la coyuntura, porque todo proyecto juega sus posibilidades en la referencia máxima de realidad: el horizonte-mundo. Por ello la lectura política es global en sentido histórico y geopolítico. Solo teniendo una visión pormenorizada del tipo de mundo que hace consciente determinado proyecto es posible tasar sus posibilidades reales. *Ser uno mismo* es siempre ser-en-el-mundo.⁶ Por ello el concepto de poder no puede circunscribirse solo a su referencia local, sino que precisa el sentido de irradiación de sus potencialidades.

⁴ En referencia al legado de Walter Benjamin que, entre otros, desarrolla Giorgio Agamben. Ver Benjamin y Agamben.

⁵ Todo sujeto es siempre, en primera instancia, un actuante; pero no todos actúan del mismo modo o en la misma intensidad. *Ser actuante medular* es lo que manifiesta el modo y la intensidad de jugarse por definir y determinar al propio campo político.

⁶ Uso heideggeriano que nos permite resolver la aparente contradicción entre lo local-nacional y lo universal. La última referencia de todo proyecto de vida es el horizonte-mundo.

En un sistema-mundo todo proyecto que pretenda soberanía solo puede efectivizarse si ingresa al tablero geopolítico global consciente de su grado de dependencia, para sopesar sus posibilidades de producir independencia. La perspectiva geopolítica es fundamental para tematizar las condiciones de posibilidad de irradiación del poder estratégico (Bautista 2019a). La ampliación de una reflexión coyuntural, en perspectiva global, brinda mayor comprensión porque en política todo se define en relación con el horizonte-mundo. Por eso abordamos esta reflexión desde dos ejes. El primero es el recorte vertical de densidad histórica, mientras el otro, que enmarca el asunto geopolíticamente, es el recorte horizontal de profundidad de contexto (Bautista 2020b).

3. Recorte vertical de densidad histórica

En 1825, la Asamblea Constituyente que originó la República de Bolivia no estaba representada por quienes debieron haber iniciado la constitución de un país liberado, sino por el 1% de los restos de la burocracia colonial supuestamente derrotada. Los héroes de la Independencia habían, en su mayoría, ofrendado sus vidas. Otros, como la generala Juana Azurduy, no fueron invitados. Ese raptó muestra el carácter excluyente y despótico del primer hecho constitucional: “de Bolívar nació Bolivia” decía la rúbrica de una oligarquía acostumbrada al servilismo pródigo en lisonjas. La asunción de la figura “republicana” no era ninguna virtud, sino la oferta retórica disponible asumida por una dirigencia que recibía, “en bandeja de plata”, un país por cuya independencia jamás se había esforzado.

Se dice que el acto inicial define el destino; lo definido fue el carácter excluyente de una “república”⁷ que, a espaldas de su nación y sin imaginación propia, copió y compró todo lo que un mundo ya constituido —en mercado mundial— le ofrecía al precio de su soberanía. Una oligarquía opuesta al esfuerzo era incapaz de producir algo por sí misma, así que, por consumir lo que el mundo le ofrecía, hipotecó su país para salvaguardar su posición de única receptora de los beneficios del Estado.

⁷ *Res publicae* se dice de una entidad que se fundamenta y promueve lo que en inglés se conoce como *Commonwealth*: el bien común. Pero la figura republicana implementada en las nuevas naciones distaba de administrar el Estado para beneficio público. Era una formalidad impuesta como figura político-jurídica en Europa, de la cual América se constituía como periferia con consciencia satelital (Bautista 2014).

Como las otras oligarquías de la región, opuestas al proyecto de la Gran Colombia (surgido ante el expansionismo gringo de la Doctrina Monroe de 1823), vieron en la independencia la reposición de un orden mediante el cual podían constituirse en élite perpetua de países reducidos a fincas. Para ello debían eliminar al componente que había luchado realmente por la independencia y era el efectivamente agraviado por la Conquista y posterior Colonia: la verdadera nación que había anticipado la lucha y generado el desiderátum de la liberación.

Los gritos libertarios de Sucre y La Paz de 1809 son bastante posteriores a las rebeliones que protagonizaron las naciones indígenas. En el siglo XVIII, en el virreinato del Alto Perú, la irradiación de un movimiento de liberación del yugo español y de la burocracia colonial criollo-mestiza se difunde y señala una constante más radical y genuina que los ideales independentistas: la restauración del Tawantinsuyu. En 1737, en Oruro, aparece el movimiento liderado por Vélez de Córdova que, en el *Manifiesto de agravios*, pide la restitución de los Incas; algo similar exige la rebelión de Santos Atahualpa, en 1742, en la selva central peruana. Estos levantamientos insurgentes que entre 1780 y 1781 llegan a conformar tres puntos neurálgicos —en el sur del Perú, en La Paz y en Potosí— de una rebelión extendida al modo de una geopolítica temprana de liberación continental liderada por Tupac Amaru, Tupac Katari y Tomas Katari, constituyen el antecedente casi inmediato de la guerra de la Independencia.

Pero la historia oficial construye la narrativa (eurocéntrica) de que la Independencia se inspira en la revolución francesa, desconociendo y ocultando la historia previa que, reinterpretada con nuevos datos en la actualidad, aparece en su cara indígena como la verdadera fuente discursiva y simbólica, no solo de la insurgencia criollo-mestiza, sino de la misma revolución francesa (Weatherford). La sesgada perspectiva histórica que adoptan las repúblicas es la manifestación de una idiosincrasia que la Colonia naturaliza: una desigualdad estructural fundamento de una injusticia también estructural heredada como patrimonio político y moral.

La clasificación jerarquizada impuesta por la Colonia era la asunción naturalizada de la clasificación antropológica racializada (como definición ontológica del racismo que hemos propuesto) que funda el mundo moderno y su ideología eurocéntrica (Bautista 2014), y que hace del indio chivo expiatorio de todo conflicto sistémico. Pero su sobrevivencia era asunto no solo demográfico, sino ontológico, porque el indio era la presencia de la historia que denunciaba la ilegitimidad de la casta oligárquica como dirigencia nacional.

Los caciques fueron los primeros denunciantes de la inoperancia y corrupción de la burocracia criollo-mestiza ante la Corona española (Thomson). Casi todos los líderes indígenas preludian su lucha con épicas querellas judiciales contra abusos de los ciudadanos burócratas que, tras la Independencia, no supieron sino sacramentar constitucionalmente esa injusticia. Los indios volvieron a la lucha porque la Independencia y la nueva República no habían remediado ninguna injusticia, la habían profundizado. Hasta 1952, el indio fue compelido tributador de un país que no lo reconocía como humano; debía pagar el derecho de vivir, generando sustanciales ingresos para un Estado estructuralmente excluyente.

La carta constitucional naturalizó esa clasificación racializada que, instituida en el despliegue estatal, se fue constituyendo en idiosincrasia de una república oligárquico-señorialista

...de eso no hay duda, de que el único negocio estable en Bolivia eran los indios. Dígase a la vez que *la única creencia ingénita e irrenunciable* de esta casta fue siempre el juramento de su *superioridad sobre los indios*, creencia en sí no negociable, con el liberalismo o sin él y *aun con el marxismo o sin él* (Zavaleta Mercado 112. *Cursivas nuestras*).

Pero sin elemento nacional no existe impulso a la producción ni al mercado nacional, tampoco identidad ni cultura que patrocine el Estado. ¿Qué patología consume a una dirigencia sin conciencia nacional? El robo hecho cultura política no nace solo de la idea de que el Estado es patrimonio privado, sino del desprecio señorialista hacia el pueblo. La corrupción aparece como el “derecho de pernada” autoatribuido por el patrón que considera al país su finca.

Nuestra historia de golpes de Estado no es solo insana disputa oligárquica del patrimonio estatal, sino la continua reposición de la naturaleza antinacional del Estado señorial que solo puede constituirse élite dirigencial haciendo cultura nacional de ese juramento de presunta superioridad. El Estado se hace antinacional y, en consecuencia, colonial; se subordina a la dependencia y al subdesarrollo, capitulando soberanía. No valora lo propio, pero se embelesa con lo extranjero.

No se es colonial por ser periferia espacial en la geopolítica mundial, sino por constituirse en conciencia periférica, satelital (Bautista 2014). La

dependencia es un hecho subjetivo⁸ y constituye el contenido sistémico de la colonialidad del poder (Quijano; Bautista 2014). En geopolítica, la colonialidad no es mera dependencia, sino tributación de poder que se transfiere a un centro geopolítico que adquiere poder real: si formalmente se cede soberanía, también se cede materialidad (riqueza), y esto constituye al *poder real* que el centro ostenta por transferencia sistemática de poder formal y material, como acumulación unilateral de poder real que hace del centro hegemonía ontológica (Bautista 2014).

Hablamos de geopolítica no como mera hermenéutica del espacio vital, sino como consagración de una clasificación antropológica centro-periferia que contiene una ontología que traza las fronteras del ser y del no-ser. El poder periférico deviene *aparente* por esa transferencia unilateral de poder formal y material que realiza la periferia como tributación exponencial y se traduce en cesión sistemática de voluntad de vida.

Si la voluntad se cede, esa renuncia es *plus-vida*⁹ que el centro recibe como unción de poder real. La colonialidad del poder produce, en las repúblicas periféricas, una colonialidad subjetivada como naturalización de una clasificación antropológica imperial. Las fronteras del ser contienen el espacio vital de lo considerado humano, mientras la periferia, como horizonte de expansión de conquista, deviene reservorio de recursos a disposición. La colonización no es un fenómeno de captura bélica, sino una continua y sistemática transferencia de *plus-vida* que posibilita el diseño geopolítico centro-periferia como ontología imperial.

En esa situación, la oligarquía no puede llegar a ser burguesía plena porque se priva de producirse a sí misma y un proyecto nacional propio. Esta renuncia implica consumir y reproducir lo que el centro imperial crea como riqueza; la transferencia acumulativa no es solo económica, sino ontológica, y ello ocasiona que el poder aparente del Estado periférico, como única posibilidad de reponer sus prerrogativas, recurra continuamente al amparo

⁸ Como se señala en otra parte, “. . . uno no es nunca independiente del todo, es independiente en la medida en que es consciente del grado de dependencia que tiene (la dependencia no es nunca unilateral, por eso las desventajas actuales se pueden hacer ventajas futuras), por ello el manejo de la economía no puede ser técnico sino político, porque se trata de desestructurar sistemática y paulatinamente los componentes orgánicos de la dependencia” (Bautista 2012, 126).

⁹ *Plus-vida* que es, a partir de Marx y su teoría del valor, lo que en realidad cede una voluntad sometida a un fetiche, como el capital, que necesita despojar a otro aquello que no puede producir por sí mismo y, de ese modo, incrementar exponencialmente, como un *plus*, el valor máximo de su poder.

imperial. No halla otra forma de existencia que su subordinación voluntaria porque, como su existencia no es producto de ninguna liberación, en cada oportunidad histórica de reconfiguración geopolítica busca un nuevo amo o, como en el presente, sacrificarse comedidamente —y a su país— por el decadente.

Por eso la colonialidad del poder es categoría y marco hermenéutico de una relación dialéctica novedosa y compleja producida por el mundo moderno. Si la colonialidad es el “lado oscuro de la modernidad” (Mignolo), es porque no hay modernidad sin colonialidad, constante sistémica que posibilita el diseño centro-periferia como naturaleza social. Así, las élites periféricas aseguran sociedades cerradas y excluyentes que reproducen, de modo autóctono, el carácter piramidal del sistema económico del capital. La sangría nacional brinda a la élite periférica el derecho de admisión al banquete del mercado mundial, donde el capital, como auténtico dios sustitutivo, premia o castiga, según la cuota sacrificial que impone el hambre infinita de su crecimiento acumulativo.

La colonialidad no solo es fundante, sino constante para mantener una élite apadrinada por un orden mundial que le unge de más legitimidad —formal— cuanto más servil le sea. Por eso las élites periféricas se disputan la preferencia imperial como único proyecto político. Con el golpe, la oligarquía boliviana se jugaba su existencia, puesto que en trece años no había podido revertir democráticamente un proceso que, lejos todavía de ser revolucionario, pudo iniciar el proceso de recuperación de la soberanía. Era razón suficiente para reponer el carácter servil de la oligarquía; hacer *lobby* en Washington era necesario para recuperar su condición de élite caporal y reafirmar el meollo de su ideología señorial: vivir a costa de su nación, porque la constituye precisamente lo más negado y excluido por esta casta, el indio.

El juramento de superioridad hace cultura republicana porque deviene ideología señorial y pedagogía nacional: la escuela de *argumentar contra uno mismo*. Si el precio de ser nación es negar al elemento nacional, jamás se puede constituir un óptimo nacional frente a cualquier injerencia externa. El precio es la auto-anulación como programa de vida. Esta patología describe el odio histórico de la ciudad al campo, en un país que se origina y desarrolla negando su identidad. Esta renuncia le conduce a la dependencia crónica y a la mendicidad de una casta que solo sabe deshacerse de sus miserias transfiriéndolas al indio, que le recuerda y refleja su desventura.

Por eso la señalización contra el Evo era encarnizada. Su permanencia en el gobierno no era rechazada por ninguna razón democrática, sino porque un

indio detentaba lo que la oligarquía considera su propiedad: el Estado. La presencia del primer presidente indígena retrataba su desplazamiento político y, por el inédito éxito económico logrado, su inminente fracaso como élite nacional. En casi 14 años, la narrativa de la corrupción y el fraude (hecha cultura política por la idiosincrasia oligárquica) sirvió para activar la ideología señorialista que —por adoctrinamiento pedagógico, mediático y cultural— naturaliza el racismo urbano que hace de la clase media base de reclutamiento de la oligarquía para reponer el orden social racializado.

Ese orden, productor de desigualdades, tiende a generar estallidos de convulsión social que se funcionalizan como catalizadores de recomposición social mediante la activación del chivo expiatorio, restauración del orden que legitima a la oligarquía como élite meritocrática. El indio convertido en multitud despertó el miedo señorial. No se trataba de que *alguien* se quede con el poder eternamente (leyenda inventada por los medios), sino de que el indio *inferior* dispute la condición de élite dirigenial del Estado. Demostrar mayor eficiencia y lograr el inédito despegue económico de Bolivia mostró la inutilidad de la casta oligárquica, enervó el desprecio señorial, y se tradujo en odio desencarnado; develado ahora como única plataforma (in)moral que ostenta el conservadurismo más rancio de una *ciudad letrada* que exhibe la ignorancia que tanto impreca al campo.

El componente racista de una clasificación social que cree *natural* el ciudadano activó la última resistencia señorialista contra la nación que dice amar; por eso la casta patrocinadora del racismo urbano, representada ahora por la oligarquía cruceña (cuyo portavoz es el Comité Cívico Pro Santa Cruz), no renuncia ni siquiera a cercenar el país que nunca mereció dirigir y al cual jamás consideró propio.

Esta nueva oligarquía se constituyó durante las dictaduras post-52, promovida por la CIA (Agencia Central de Inteligencia) y efectivizada con la recepción de grupos humanos afines al nazismo (Zambrana).¹⁰ La ingenuidad histórico-geopolítica del Gobierno del MAS le impidió advertir que la oligarquía oriental no es la misma que la altiplánica; tampoco su componente orgánico ni su origen económico. Ese origen espurio solo podía traducirse políticamente

¹⁰ En la dictadura de Hugo Banzer Suárez se consolida la recepción de miembros de la Ustachá (organización política y militar nazi de origen croata) en Santa Cruz, quienes ahora constituyen la élite económica y política gracias a ingresos estatales (por adquisición de deuda internacional) y hasta lavado de dinero durante las posteriores dictaduras y la “restauración democrática” (Bautista 2009a).

en fascismo abierto, como pasó durante el fallido golpe cívico-prefectural del 2008 y en el exitoso golpe de octubre-noviembre de 2019.¹¹

4. Recorte horizontal de profundidad de contexto

La carencia de legitimidad y soberanía real de la república oligárquico-señorial, que depende de la capitulación y transferencia de poder al centro hegemónico, confiere —a esta élite y a la imagen de Estado que proyecta— una existencia de simple expectación en la arena regional y global, sin pretender un examen de sus posibilidades de inserción positiva en el tablero geopolítico.

Esta reflexión histórica se complementa con el ascenso metodológico dialéctico de lo abstracto (una realidad recortada en su singularidad) a lo concreto (el horizonte-mundo como totalidad concreta, o sea, como máxima referencia de comprensión de esa singularidad). Debido a que en el presente político se encarna la acumulación histórica en cuanto orgánico-político (como constitución del pueblo en sujeto político), se precisa detallar el tipo de mundo que enfrenta esta acumulación como tensión actual de las posibilidades fácticas de realización de esa composición orgánica; es decir, un proyecto histórico-político debe poseer un diagnóstico preciso de la coyuntura regional y global que lo determina. Esto para establecer del mejor modo posible sus capacidades y posibilidades de factibilidad e irradiación.

Por insertarse en la interconectividad de un mundo compartido, todo proyecto nacional es también el modo de su ingreso en el sistema-mundo. Lo nacional es imposible de comprender solo en su particularidad, porque todo proyecto se extiende al horizonte universal; máxime cuando se propone un ingreso soberano al tablero geopolítico global (lo contrario es su adecuación pasiva a un orden que sucede a costa de su existencia).

Ser uno mismo es ser-en-el-mundo, de modo que ningún proyecto desatado en determinada coyuntura política puede comprenderse si no se asciende al sistema-mundo como horizonte máximo de inteligibilidad de las

¹¹ No en vano la más sonada balcanización se produjo en la ex-Yugoslavia, de donde proceden los personajes de origen croata que asaltaron el Estado, bajo la permisiva —por medrosa— desidia de la oligarquía señorialista tradicional que fue paulatinamente arrinconada, desde la imposición del neoliberalismo en los años ochenta, por esta nueva oligarquía que no arrastra históricamente el miedo al “indio convertido en multitud”, sino que exhibe un desprecio a todo lo indígena y puede desencadenar el odio racial explícito.

tensiones incluso nacionales. Por eso los estrategas norteamericanos, con Kissinger y Brzezinski, aseveran que la verdadera política es la política exterior.

Para entender el nuevo tipo de golpe ejecutado en Bolivia, que descolocó las lecturas coyunturalistas¹² de una izquierda anclada en definiciones de manual, debemos entender los modos renovados de injerencia imperial en el actual contexto de desplome del diseño geopolítico centro-periferia, del mundo unipolar y de la hegemonía imperial. Desde el autoatentado de las Torres Gemelas en Nueva York (septiembre de 2001), la globalización o el proyecto financierista de expansión exponencial del mercado capitalista tocó un punto límite que fue socavando la estabilidad mundial hasta precipitar la decadencia del sistema-mundo moderno.

La geopolítica presupone una ontología, y esta una antropología, como base de un diseño que objetiva una división mundial del trabajo y una clasificación antropológica que delimita las fronteras del *ser* y del *no-ser*: lo que se considera humano y lo que no (que por ello puede juzgarse “dispensable” y hasta “sobrante”). Así, el mundo periférico no es solo lo desplazado por la competencia internacional, sino aquel ámbito que, supuestamente, no ha alcanzado el estatuto de pertenencia al mundo desarrollado (el ámbito del *ser*); esta determinación antropológica brinda al centro la facultad de disponer de todo aquello que le pueda ofrecer el mundo periférico como botín. La globalización representa la colonialidad moderna, reseteando al capitalismo del siglo XX en un nuevo paradigma post-tecnológico-industrial: el desplazamiento del capital productivo y de servicios de la dirigencia mundial. Esto se venía configurando en la promovida eliminación del Estado como sujeto del derecho internacional y la unción jurídica de las transnacionales como nuevo sujeto de derechos que la globalización neoliberal impulsó, acabando con el mundo post-Westfalia que había originado el concepto de Estado-nación.

La lógica exponencial del capital produjo la globalización como eficaz modo de transferencia sistemática de riqueza global para financiar la nueva metamorfosis del capital, mediante la imposición de una novedosa transformación del paradigma tecnológico en el post-humanismo que promueve el neomalthusianismo de la institucionalidad global al servicio del 1% de los billonarios y su nuevo orden mundial.

¹² El reduccionismo de la coyuntura a sus variables y a su escenografía actual sin ampliación ni profundidad histórica ni geopolítica.

Desde 1972 y la aparición del “Informe del Club de Roma”, bajo el nombre de Límites del Crecimiento (Meadows), el sistema económico dólar-céntrico, base financiera de la hegemonía imperial, es consciente de la insostenibilidad de una economía del crecimiento como el capitalismo. Los límites físicos del planeta expresan, mediante el calentamiento global y la crisis climática,¹³ una rebelión contra el carácter exponencial del crecimiento ilimitado, bandera del desarrollo y consecuencia del mito de la ciencia moderna del “progreso infinito” (Bautista 2010).

El neoliberalismo es la respuesta tecnocrática de la bancocracia global a la rebelión de los límites: como el sistema es la vida, hay que defenderla incluso a costa de la vida misma. El agotamiento de los recursos naturales no inspira su equitativa administración, sino una respuesta ideológica que consagra el diseño centro-periferia y su clasificación antropológica racializada: hay que “racionalizar” el crecimiento poblacional (acabar con los pobres).

El capitalismo clásico se desarrolla y expande produciendo consumidores, constituyéndose en centro productor; cuando aquello se traslada al ámbito periférico (antes solo suministrador), el centro recorta su capacidad productiva interna (fundamental para producir cultura e identidad nacional) y, aunque gestione las finanzas mundiales, su economía va reduciendo su horizonte y pierde capacidad de inclusión extensiva de su población en el ámbito económico. Además, los costos de su expansión bélica son ganancias exclusivas para un reducido ámbito plutocrático que transfiere los riesgos de esa expansión a los contribuyentes: se va generando la pauperización interna y el estallido de crisis continuas en el centro. La globalización es breve porque la transferencia de los centros de producción al tercer mundo hace que las cadenas de suministro puedan prescindir del centro, generando la aparición de nuevas potencias económicas que, amplificando y desarrollando la producción, expanden los circuitos comerciales, viabilizando conexiones económicas periféricas que pueden prescindir del diseño geopolítico moderno.

¹³ “Paradójicamente, hablar de ‘cambio climático’ es caer en la trampa de quienes lo han provocado: invita a pensar en un cambio paulatino, natural y frente al cual no queda más que tratar de ‘adaptarnos’ o ‘mitigar’ sus efectos. Nosotros preferimos hablar de crisis climática, provocada por un modelo de sociedad que ha decidido ‘quemar’ el planeta para que algunos pocos disfruten de un estilo de vida que también de manera perversa han dado en llamar ‘desarrollado’ . . . La crisis climática es una consecuencia de la civilización petrolera, con gravísimos impactos sociales y ambientales. El tema está plagado de trampas conceptuales, intentando que no reconozcamos las causas reales o los remedios falsos propuestos por quienes causan los problemas para seguir sacando ganancias aunque la crisis empeore” (Ribeiro).

Desde el 2008, cuando estalla la burbuja inmobiliaria en EE. UU. desencadenando el colapso financiero global, el centro experimenta una nueva realidad. La periferia mundial empieza a barajar alternativas, mientras la hegemonía imperial va fracasando, sobre todo, en el “Gran Medio Oriente ampliado”.¹⁴ La “primavera democrática” latinoamericana, que promovió la creación de UNASUR (Unión de Naciones Suramericanas) y ALBA-TCP (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América – Tratado de Comercio de los Pueblos), obliga al Imperio a reponer la Doctrina Monroe en su *backyard* o patio trasero. El tablero geopolítico empezaba a generar cambios tectónicos y el grado de influencia imperial a menguar, mientras los recursos comenzaban a escapar del control imperial.

China encabeza los BRICS,¹⁵ que precipitan el colapso de un centro geopolítico acostumbrado a la sangría del tercer mundo como garantía de su estabilidad. La imagen de bienestar del centro empieza a relativizarse a medida que sus invasiones e injerencias fracasan en Irak, Afganistán, Libia, Siria, etc. En Latinoamérica empieza a ejecutarse una sistemática alteración de procesos democráticos adversos a los intereses imperiales, por la amenaza a la hegemonía mundial del dólar que representa la presencia rusa y china en la economía latinoamericana. Mientras tanto, Bolivia, por primera vez, se proponía presencia geopolítica mediante el proyecto del tren bioceánico, que convertiría al país en corredor geoestratégico de la conexión de Sudamérica al Pacífico, es decir, a la economía del siglo XXI.¹⁶

El colapso del Atlántico como centro mundial menoscaba la hegemonía moderno-occidental. La respuesta imperial, y de una Europa sin capacidad estratégica, es de sobrevivencia en la nueva geopolítica global que proyecta,

¹⁴ Nombre dado por los centros de inteligencia de Washington al proyecto imperial de rediseño del arco regional petrolero del Oriente medio, planificado contra la creciente influencia china y rusa en ese ámbito.

¹⁵ Acrónimo de Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, acuñado el 2001 por el economista Jim O’Neal, para referirse a los mercados emergentes que dominarían la economía mundial para 2050. El 2008 es adoptado por estos países como BRIC, y el 2011, con la inclusión de Sudáfrica, se acuña definitivamente como BRICS.

¹⁶ “... En tal contexto, el conflicto (dirimido en La Haya) entre Chile y Bolivia se inscribía en la disputa de hegemonía global entre USA y China, es decir, entre Occidente y el “Club de Shanghai”, donde también está la nueva potencia militar y energética: Rusia. El tren bioceánico no le conviene a la geoeconomía del dólar, representada en Sudamérica por la Alianza del Pacífico, de la cual Chile forma parte. Así como en Nicaragua estalla el conflicto para impedir una futura penetración china con el nuevo canal de Nicaragua, el fallo de La Haya es una advertencia del dólar contra los Estados que se atreven a escoger nuevos socios con otras monedas” (Bautista 2019a, 70).

principalmente, el “Club de Shanghai”.¹⁷ La cobertura militar rusa y el colchón financiero del yuan chino constituyen garantía para desplazar a Occidente mediante la expansión del proyecto de infraestructura de comunicaciones más grande de la historia: la nueva Ruta de la Seda. El proyecto euroasiático desconecta a Europa de la geoconomía del dólar y la vuelve dependiente de la nueva conexión que sitúa a Rusia como proveedor de gas y petróleo. El fracaso de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Pentágono en Siria posicionan a Rusia como la primera potencia militar del mundo que, mediante Venezuela y Cuba, extiende nuevamente su arco estratégico-disuasivo en el Caribe.

Cuando se reconfigura el tablero geopolítico global, todos luchan por su sobrevivencia porque el mundo rediseña su fisonomía. Ese es el contexto de las guerras de cuarta y quinta generación y toda la serie de novedosas capacidades de injerencia y alteración estatal diseminadas por la influencia imperial. El ataque sistemático a la “primavera democrática latinoamericana” empezó en Honduras y siguió en Paraguay, destituyendo a los presidentes Manuel Zelaya y Lugo para continuar en Brasil, con la destitución de Lula y Dilma Rousseff, la orquestada oposición para derrotar a Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, la traición del vicepresidente de Correa en Ecuador, etc. No pudo abortar el Gobierno de Nicaragua, tampoco tuvo éxito la escenografía mundial montada contra Chávez y Maduro, sobre todo después de los convenios estratégicos que Venezuela celebró con Rusia, China e Irán.

Tras la imposición de la Alianza del Pacífico y el Grupo de Lima —y la desintegración de la UNASUR y la ALBA-TCP—, aislar a Venezuela y a Bolivia (por ser los procesos más inspiradores) se constituía en prioridad. El arrinconamiento definitivo de Venezuela, con toda Sudamérica adversa, fue la jugada geopolítica implementada desde Bush 43 hasta Trump. Un Imperio no lucha por algo, lucha por todo. La reposición de su hegemonía no sólo se propone la captura de los recursos estratégicos, sino el control de su arco de

¹⁷ “Curiosamente, un día después del referéndum que dio lugar al Brexit, la Organización de Cooperación de Shanghai, el más grande espacio de integración económica mundial (que celebraba su cumbre en Tashkent, Uzbekistán, el 24 de junio de 2016), incorporaba a dos potencias nucleares —además miembros de la Commonwealth—, India y Pakistán. La coincidencia geoestratégica de esta jugada consiste en que la Organización de Cooperación de Shanghai reúne a dos terceras partes de la población mundial, además de contar entre sus miembros con la primera economía mundial y con la primera potencia militar, es decir, China y Rusia, respectivamente. Mientras Occidente inicia su implosión en Europa, el Oriente renace definitivamente” (Bautista 2019a, 241-242).

influencia continental. El concepto ampliado de *North-America*¹⁸ considera a Venezuela parte de su espacio vital y a Brasil gendarme de una Sudamérica confinada al ámbito del caos mediante la doctrina del *core and the gap*, también conocida como doctrina Rumsfeld-Cebrowski.¹⁹

Las burguesías de Chile, Argentina y Brasil son convocadas por la geopolítica imperial porque a ninguna le conviene una Bolivia protagonista estratégica de la conexión geopolítica con el Pacífico.²⁰ Sus intereses expansionistas, que le costaron a Bolivia (en complicidad con la oligarquía local) el cercenamiento de más de la mitad de su extensión territorial, constituyen el respaldo incluso logístico empleado por Washington para orquestar una “revolución de colores” suprimiendo, por medio de un “golpe geopolítico”, el proceso de recuperación de soberanía y refundación del país como Estado Plurinacional y la estabilidad política y económica de 14 años. El Imperio no podía permitir la desobediencia, en su *backyard*, de un Gobierno antimperialista y de economía exitosa.

El golpe instaura una dictadura, bajo fisonomía “democrática”, que se presenta como “gobierno de transición” que llamaría inmediatamente a elecciones. Pero tras diez meses de permanencia, con dos eventos electorales aplazados, se advierte la atribución ilegítima e inconstitucional de desmontar el carácter plurinacional y soberano del Estado. La dictadura se ha propuesto,

¹⁸ El concepto de “North-America ampliado”, propuesto por el *Council of Foreign Relations*, manifiesta la geopolítica de los “halcones” o neo-conservadores strausianos (cercaños a Hillary Clinton) que prioriza no solo nuestros recursos hidrocarbúricos para impulsar la hegemonía del dólar, sino los acuíferos de la cuenca del Orinoco, el amazónico y el guaraní y toda la biodiversidad cautiva de los *business* (desde el turístico hasta el energético). Reponer la supremacía norteamericana en el hemisferio solo posible anulando geopolíticamente a Sudamérica (Bautista 2019a, 138).

¹⁹ La doctrina Rumsfeld-Cebrowski, lo que aquí llamamos “*the core and the gap*”, consiste en demoler la soberanía de los Estados. Esto “supone una transferencia de derechos por desposesión jurídica, es decir, la transmisión de soberanía a un ‘apoderado’ transnacional. Esto significa el fin de la ONU; pero no se trata de su obsolescencia sino de que el Imperio declara el fin del derecho internacional; de este modo se implementa la estrategia Rumsfeld-Cebrowski: dividir el mundo en el caos y el orden. Solo de ese modo los Estados sobrevivientes pueden acceder al mundo del caos reducido a tanque de recursos estratégicos, pero solo y únicamente a través del Estado gendarme” (Bautista, 2019a, 417).

²⁰ El señalamiento actual del litio boliviano como “razón suficiente” para la participación imperial en el golpe olvida que, sin conexión estratégica a la economía del Pacífico, o del siglo XXI, la riqueza del litio seguiría presa de la geoeconomía del dólar y la esfera de influencia imperial. Allí estribaba la importancia de la conexión geopolítica del corredor bioceánico, que hacía de Bolivia un actor geoestratégico de integración global de Sudamérica.

en connivencia con intereses foráneos (e imperiales), la demolición planificada del Estado. Por eso son convocados los actores intelectuales del fallido intento de balcanización de Bolivia el 2008. El desgobierno de Jeanine Áñez, fiel a un guion impuesto, va desmembrando las capacidades logísticas, productivas, estratégicas y soberanas del Estado Plurinacional. Es una *transición infinita* porque debe imponerse un desfalco y vaciamiento de capacidades de recuperación futura, para que cualquier Gobierno posterior capitule su sentido de nación. La violencia desatada mediante una política de odio concuerda con un proceso de desintegración nacional en sintonía con la demagogia federalista de una élite señorial emparentada con intereses brasileños y chilenos.²¹

Si en geopolítica, como se dice, la geografía es destino, Bolivia puede constituirse en centro geopolítico, y el corredor bioceánico en geoestratégico y geocultural, posibilitando la configuración de un proyecto de irradiación geopolítica del horizonte novedoso instaurado por Bolivia mundialmente en torno al “vivir bien” como alternativa y definición paradigmática de la “transición civilizatoria” provocada por la crisis actual del sistema-mundo.

Toda “transición” se pierde en una infinitud angustiante y convulsiva si no existe horizonte que determine su sentido. Eso propicia el desgobierno actual como imagen de un mundo —en pleno Estado de excepción no declarado, pero activado con la cuarentena global— sin definición mínima de una dirección clara y deseable. La doctrina del *core and the gap* conduce al patrocinado —por el Imperio y la mediocracia global— fin de la historia como anulación del sentido de mundo y humanidad que había pregonado el mundo moderno y que, mediante la crisis climática, se presenta como imposibilidad de la vida, iniciada con la racionalización post-COVID de la población mundial o genocidio de los sobrantes para el “nuevo orden mundial”.

Por eso, es un *golpe geopolítico continental* de amedrentamiento contra toda posibilidad de desprendimiento regional de la geoeconomía del dólar. La lucha de aranceles entre el dólar y el yuan es la punta de un iceberg llamado guerra híbrida financiera. Sin respaldo real, pero protegido por su ofensiva nuclear, el dólar apuesta al aislamiento de Latinoamérica de la economía del

²¹ La presencia de la embajada brasileña en la reunión en la Universidad Católica en noviembre de 2019, donde se dispuso la ficción de la sucesión y la elección de Áñez como “presidenta transitoria”, devela la injerencia extranjera en connivencia con la élite golpista. Sobre la participación del rector de la UMSA y miembro del CONADE, Waldo Albarracín, Mesa, Camacho, la Iglesia Católica, la Embajada de Brasil y la Unión Europea, que pactaron y negociaron los detalles del golpe vendido como ‘sucesión democrática’, ver Bautista 2020a.

siglo XXI como único respaldo que podría frenar su decadencia. Tiene la complicidad oligárquica, cuya dependencia del dólar no es solo económica: el *american way of life* da sentido de vida a las élites periféricas. Ni por pragmatismo podrían apostar por otra moneda que no sea el dólar, aunque lo vieran derrumbarse definitivamente. No aspira a la libertad quien ha sido (de)formado en la dependencia; cuando esta se hace forma de vida, solo la propia inmoción (y la de su nación) podría liberarlo de la condena vivida como expiación patológica.

5. El momento constitutivo de la insurrección oligárquica

El objetivo del golpe de 2019 era destruir el carácter plurinacional del Estado propuesto por voluntad popular de la Asamblea Constituyente de 2006, objetivado en la Constitución Política aprobada por referéndum y promulgada en 2010. El fracasado golpe cívico-prefectural de 2008 intentó interrumpir el proceso constituyente para recuperar el carácter señorial y oligárquico de la “república” boliviana (que ahora pretenden instaurar por decreto). Ese fracaso, promovido por los mismos intereses que, a nombre de “federalismo”, pretendieron la balcanización de Bolivia vía terrorismo (Bautista 2009b), parecía dejar a la derecha sin posibilidades político-electorales.

El golpe de octubre-noviembre de 2019 tiene la confección de un asalto al poder porque, desde la aprobación de la nueva Constitución, la apuesta democrática ya no era funcional a la derecha. El movimiento popular ascendente incrementó la votación del MAS hasta los 2/3 necesarios en el Parlamento, proporcionando estabilidad política para que el Estado plurinacional iniciara su existencia. Esto, aparentemente, ofrecía mayor margen de viabilidad al llamado “proceso de cambio”, pero la democracia no se reduce al plebiscito ni el verdadero poder al control gubernamental.

La apariencia generó un optimismo cándido que devino autosuficiencia, lo cual coadyuvó a una idealización del proceso y la consecuente pérdida de sentido de realidad de la élite gobernante. Ya el 2009, en las “mesas de concertación”, la reposición del “orden instituido” fue consentida por el “gobierno del cambio” (Bautista 2012); pues la Asamblea Constituyente, una vez instalada, representaba al poder constituyente que se erigía como máxima legitimidad por sobre el “orden instituido” y, en ese sentido, se le concedía la soberanía última, hasta la promulgación de un nuevo texto constitucional.

Las atribuciones que, por concesiones del Gobierno, la derecha parlamentaria asumía sobre el poder constituyente constituían un asalto a la soberanía del pueblo, abriendo y alterando la Constitución aprobada en Oruro. Al ser la Asamblea amedrentada por grupos de poder y expulsada de Sucre, se producía un asalto del “orden instituido” que debía, más bien, ser disminuido en sus atribuciones una vez iniciada la Asamblea Constituyente. Esta operación subordinó al poder constituyente y, en consecuencia, al sujeto emanador de ese poder, para generar las posibilidades de restauración del “orden instituido” que debía ser transformado por la nueva Constitución.

Esta constante devela las limitaciones históricas y políticas de una idiosincrasia que, incluso en la izquierda, delata lo que Zavaleta Mercado llama *paradoja señorial*. Lo imputable a la clase obrera es extensible a la dirigencia de izquierda, que sabe prodigarse en la resistencia, pero *no puede ser ni saberse poder*; porque no sabe transformarse a sí misma, tampoco puede transformar la realidad. Así como la COB podía “tumbar” cualquier Gobierno, pero nunca pretender ser gobierno, la izquierda no sabe reunir las condiciones objetivas ni las subjetivas para transformarse y liberarse de la imagen de Estado: anhela transformarlo, pero no puede imaginarse libre de él. Trágicamente, esta paradoja se replica en la historia de un país que ve cómo la élite revolucionaria nunca sabe estar a la altura de lo que el pueblo produce como gesta revolucionaria (Zavaleta Mercado).

La paradoja consiste en que lo revolucionario de la izquierda funciona mientras se encuentre en subalternidad, pero su promoción como poder político, por impulso popular, acaba desnudando la compatibilidad de su horizonte de expectativas con el de la derecha; porque ambas, en su pretensión elitaria, comparten el sistema de creencias que origina el cúmulo de prejuicios señorialistas que constituyen su subjetividad colonial (Bautista 2018b). Si la oligarquía no puede transformarse en burguesía y liderar un desarrollo nacional propio, tampoco la izquierda sabe ser fiel a su discurso revolucionario cuando el poder político garantiza su ascenso social y domestica sus expectativas, tornándola élite conservadora. Entonces, lo que debería producir el desplazamiento de la élite anterior se traduce en la concurrencia de intereses pactados que restituyen el sistema político tradicional.

Por ello el orden instituido puede sobreponerse a todo poder constituyente y subsumir sus acentos revolucionarios para agenciar una nueva legitimación estatal. Mientras el Estado Plurinacional promovía una nueva fisonomía, se adecuaba a la necesaria actualización estatal que requería la performatividad del sistema político. Por garantizar la estabilidad que requiere

toda gestión gubernamental sucede el abandono paulatino del horizonte popular —sintetizado en el “vivir bien” y la “descolonización”— y el consecuente desplazamiento del sujeto plurinacional, efectivizando una expropiación de la decisión por un sujeto sustitutivo que, por cálculo político (para quedar bien con los grupos de poder), va cediendo lo programático de la revolución democrático-cultural (Bautista, 2017a). Los acuerdos políticos dejan de referirse al pueblo y se dirigen, como alianzas corporativas, a la restitución del poder político de las élites económicas.

Las contradicciones gubernamentales y el vaciamiento discursivo del proceso de cambio van ocasionando un desencantamiento en las expectativas generadas por el nuevo horizonte plurinacional, lo cual empieza a replegar las ambiciones hegemónicas del Gobierno y va generando un repliegue popular protagonizado por dirigencias arrinconadas por cálculo político.

Entonces se produce una transferencia de legitimidad inversamente proporcional a la pérdida de credibilidad en la retórica gubernamental. Si el proceso constituyente había hecho de la legitimidad patrimonio popular, la transferencia hace que la derecha se apropie de esa legitimidad. El pueblo no se repliega voluntariamente, sino por una capitulación paulatina del horizonte utópico que daba sentido al “proceso de cambio”; mientras, la retórica gubernamental va tornándose tecnocrática y apuesta al desarrollismo y extractivismo, en connivencia con el restaurado poder económico de las élites tradicionales. La unión democrática y revolucionaria del pueblo va perdiendo sentido histórico y político porque el discurso oficial inspira una sospechosa reposición del horizonte de expectativas burgués-capitalistas.

Aquella *transferencia de legitimidad* ocasiona otra expropiación que usufructúa la derecha como capital democrático; amplifica así su captura ideológica, sobre todo, en el ámbito urbano. Esta renovada legitimidad genera las condiciones para propiciar una “insurrección oligárquica”, bajo cobertura democrática, que reorganiza al conjunto de oposiciones al MAS en cuerpo unificado por una derecha cada vez más empoderada. Ya no es necesaria la oligarquía como actor visible, sino que la clase media urbana y hasta sectores populares constituyen la base de reclutamiento de una arremetida social que crece porque la gestión gubernamental (pese a los logros aplaudidos internacionalmente) va perdiendo adhesión estratégica y se diluye en respaldo circunstancial e interesado.

El conflicto del Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro Sécuré (TIPNIS) de 2012 ya había mermado la credibilidad del Gobierno. El discurso de la “defensa de los derechos de la Madre Tierra” suena a retórica y es objeto

de inculpación política por la izquierda y el indigenismo academicista; en el epíteto “pachamamista” se va descubriendo el prejuicio señorialista que la subalternidad política exhibe como moneda de inclusión en la remozada élite intelectual y política opositora. La oposición es paulatinamente cooptada por la derecha, mientras las apuestas gubernamentales se alejan del horizonte plurinacional y terminan cediendo legitimidad. La enajenación del espíritu que había conferido un máximo de disponibilidad popular ahora se recorta al mínimo de la fidelidad del “voto duro”.

Se renunciaba a lo novedoso y alter-nativo del proceso boliviano —que confería sentido trascendental al nuevo Estado— y se daba paso a otro ciclo estatal en los márgenes de acción que la sustancia republicano-colonial del Estado permitía. La dirigencia del “cambio” renunciaba a su sentido y, con ello, reponía el espíritu oligárquico-señorialista, ya en condiciones de promover su composición orgánica como “renovada” élite política. Así, se dejaba al pueblo desprovisto de la unción democrática y revolucionaria, y huérfano de la mística emergida como narrativa utópica alter-nativa no solo ante el capitalismo, sino también ante la crisis civilizatoria.

Una vez empoderada, la derecha podía asumir la ofensiva para acabar con Evo y lo que él representaba. Su defenestración mediática fue caldo de cultivo para el resentimiento señorialista que permeaba el ámbito urbano; se iba así incrementando el reclutamiento de sectores profesionales que, herederos del espíritu señorial, veían en el indio atraso y subdesarrollo (contemplantarlo como dirigencia política y clase emergente suscitaba la indignación clasemediera de que le disputen el control del Estado, considerado homenaje a su “meritocracia”). El posterior ensañamiento simbólico de la “insurrección oligárquica” se demostró con la quema de la *wiphala* y su desconocimiento como símbolo nacional por parte del Ejército, la Policía y los movilizados.

En política, ningún actor se resume a su presencia, sino a lo que representa tanto histórica como políticamente: atacar la figura del Evo era vaciar al horizonte indígena-popular de adscripción política. El éxito económico del indio significaba el fin de la condición de élite de la oligarquía. En trece años el Evo proyectó a Bolivia como lo hizo, en su tiempo, el mariscal Andrés de Santa Cruz.²² Por sobrevivencia política, la oligarquía activó lo que el Imperio

²² Por eso también la élite chilena auspicia el golpe (como auspició la desintegración de la Confederación Perú-boliviana). Como en la invasión al litoral boliviano, el propósito actual es anular geopolíticamente a Bolivia, lo cual podría hacerse realidad con el proyecto de otro corredor bioceánico cuya conexión al Pacífico sea administrada por Chile (Bautista 2019a).

diseñó como nicho de recomposición colonial: el racismo naturalizado, restaurador del orden social previo (la “autoproclamada” lo declaró: “no dejemos que vuelvan a gobernarnos los salvajes”).

La estratagema tiene todos los mecanismos de una “revolución de colores”. Desde el desconocimiento del referéndum del 21 de febrero de 2016, se produjo una sistemática campaña de difamación mediática que, inevitablemente, iba a inflamar los prejuicios racista-señoriales urbanos y servir como plataforma para promover el caos generalizado (llamado *caos constructivo* en la terminología de las guerras de cuarta generación), desmoronando las posibilidades de estabilidad mientras Evo Morales siga en carrera política.

Los propósitos de la guerra híbrida son defenestrar toda estabilidad para hacer del caos continuo la nueva normalidad indefinida. Solo bajo esa amenaza se podía chantajear al Gobierno y a la sociedad civil. La política del odio servía para congregarse a la derecha y cederle el mando local de la movilización antigubernamental, cooptando incluso a una izquierda extremista que volvía a reeditar, para su desgracia, la complicidad de provocar el retorno de las dictaduras.

El mando real tenía, en gobiernos de la región y la Organización de Estados Americanos (OEA), a los operadores logísticos y ejecutores de un golpe geopolítico que se propuso acabar con el Estado plurinacional y su antimperialismo investido de éxito económico.²³ Esto terminó por inclinar la apuesta al golpe: la oposición no podía mantener más tiempo la defenestración pública como único programa político. El indio había demostrado que, sin artificio meritocrático, podía administrar el Estado mejor que la partidocracia, quitándole futuro político. Podían objetarle todo, incluso “proponerse dictador”, pero los logros económicos (que la casta oligárquica jamás logró en la historia republicana y de los cuales incluso se beneficiaba) eran innegables.

El desplazamiento paulatino de la derecha se extendió hasta los colegios de profesionales, como resentimiento y animadversión hacia el indio en la jefatura política, puesto que alguien sin estudios demostraba la falsa

²³ El incendio de la Chiquitanía sirvió para movilizar interesadamente a la juventud urbana en torno a la demanda de “ayuda internacional”. Gracias a esa mediación, desde Jujuy, Argentina, ingresó todo el material logístico y los dólares necesarios para comprar a grupos paramilitares, sicarios guarimberos travestidos de “juventud demócrata”, Comités Cívicos y aparatos coercitivos del Estado. Todo estaba planificado, pero la izquierda, hasta la académica, estaba tan sumida en su rechazo patológico al “falso indio presidente”, que no vio nada. Y continúa ciega ante lo que se viene (Bautista 2019b).

meritocracia que ostentaban sectores acostumbrados al privilegio de clase. Cabe destacar el carácter señorialista de la idiosincrasia urbana que sostiene —sobre la exclusión, explotación, dominación y miseria del campo y del indio— los beneficios que el ciudadano cree “producto de su propio esfuerzo”.

Esto debería producir autocritica en el supuesto “motor de la democracia”, como se autodenomina la clase media, pero el horizonte de prejuicios señoriales de la subjetividad urbana criollo-mestiza lo hace imposible. Esta realidad siempre ha servido a la oligarquía para reponer su dirigencia política nacional y devolver las epopeyas revolucionarias a una clasificación naturalizada de roles y funciones. Ese orden naturalizado, donde el indio jamás puede aspirar a ser un igual, es el ámbito activador al cual retorna la idiosincrasia urbana cooptada por la oligarquía.

Mientras el Gobierno iba barajando sus últimas opciones frente a la beligerancia creciente, halló imposible un triunfo electoral porque el relato del fraude había encarnado en la movilización opositora que, magnificada por los medios, dejaba sin posibilidades de acción al pueblo, que miraba expectante la desenfundada arremetida juvenil universitaria contra todo aquello que significara “masismo”. El incendio en la Chiquitanía fue el detonante de la ira ciudadana decantada en odio explícito a Evo Morales (aunque fue premeditada por los intereses cruceños aliados a la geopolítica de la economía verde (Bautista 2019c) y hacia todo lo que representaba.

Esa política del odio tuvo y tiene su concentración fascista en la nueva oligarquía oriental; por eso la planificación del golpe se centralizó en grupos de poder de Santa Cruz, promoviendo a un nuevo personaje, Fernando Camacho, que retrata la idiosincrasia del “nuevo rico cambia” y que, frente al llamado “centralismo colla”, buscó, aunque sin éxito, generar un liderazgo de irradiación nacional. El golpe fue impulsado por las logias del Oriente para asaltar el poder político e inclinar la hegemonía hacia Santa Cruz. Esto se hace improbable no solo por la incapacidad de lectura nacional de dichas logias, sino por su pobre, aunque arrogante, nivel cultural. El desarraigo cultural e histórico impide a las logias tener densidad discursiva e interpelar propositiva y novedosamente a la nación.

Por eso ese liderazgo se esfuma y solo puede ser extendido gracias a la imagología de los medios. Así produjeron la ficción del “fraude electoral”, justificación de una convulsión planificada. Octubre de 2019 precipitó la “insurrección oligárquica”, reeditando las masivas concentraciones derechistas que la oligarquía había promovido ante la expulsión de Sánchez de Lozada en 2005. La retórica señorialista activó la imagen de país que popularizaron los

“barones de la plata” como absolución de su traición en la guerra del Pacífico (transfiriendo las responsabilidades hacia el pueblo): el “país de flojos” se convertía en “Bolivia productiva versus Bolivia bloqueadora”, imagen que decía lo mismo de siempre: los indios son *el* problema.

Bajo esta retórica se despierta la idiosincrasia señorialista en el ámbito urbano, activando el conflicto histórico entre la nación y la anti-nación. Después de trece años de gobierno del MAS, la oligarquía estaba en condiciones de asaltar aquello que no había podido ganar por mérito. Debía obedecer un guion impuesto por la influencia imperial para recibir el poder político que iba a ser desmantelado para escarmentar cualquier nueva subordinación en la región. Pero esta vez la injerencia imperial inclinó el peso político hacia la nueva oligarquía cruceña, más funcional para los intereses de la geoeconomía del dólar por el contenido explícitamente fascista de su presencia política, dejando entrever un posible recambio en el componente orgánico de la élite oligárquica. Se trata, también, de una pugna entre élites por ver cuál haría posible, para beneplácito imperial, la aniquilación del sujeto plurinacional.

En política, decíamos, ningún personaje se representa solo a sí mismo, sino que también representa su origen de clase,²⁴ por eso suele ser inevitable el retorno a ese origen cuando estalla una crisis. Esta pugna de élites es dirigencial, lo que explica la lucha de capitales nacionales que enfrentan sus formas de reproducción social en el contexto de decadencia del sistema-mundo moderno. Esa decadencia se refleja en la pugna entre Carlos Mesa y Fernando Camacho. La mendicidad y tibieza del primero es la otra cara de la prepotencia e insolencia del segundo. Uno arrastra el miedo señorial al “cerco indígena” y al Willka (al “indio hecho multitud”); el otro se cree valiente por la seguridad brindada por padre y por la frivolidad; el primero alardea de conocimiento enciclopédico (pero sin profundidad), al segundo le basta la Biblia como exhibición fatua. Esa representación oligárquica pugna por el poder político y es idiosincrasia de una inmerecida élite que precisa del golpe de Estado para ser Gobierno, al amparo de poderes externos que le confieren la legitimidad que nunca supo producir. Su momento constitutivo sirvió para derrocar al indio, pero le falta todo para reconstruir lo que ha destruido en pocos meses; aunque reconstruir el Estado y la nación nunca fueron su prioridad de clase.

²⁴ No nos referimos al concepto decimonónico de clase social, sino al tipo base de expectativas y cosmovisión que origina un tipo específico de subjetividad.

6. La transición infinita

¿Cómo se define una transición? El mundo tripolar es consecuencia del fin del mundo unipolar, pero no se percibe un orden, sino un des-orden global, porque la tensión entre la decadencia imperial y la expansión geopolítica de las potencias emergentes configura un mundo sin fisonomía definida. El colapso de la economía global y del diseño centro-periferia, en medio de la crisis climática —entendida como crisis civilizatoria— es percibido por el mundo como “tránsito” o “cambio de paradigma”. Sin embargo, el “tránsito” por sí mismo no genera el sentido del tránsito, porque un tránsito puede despertar diversas expectativas y, sin embargo, conducirnos a otros escenarios. Si no existe fisonomía del sentido propuesto, el “tránsito” puede hacerse indefinido y no colmar ninguna expectativa, generando un estado de inseguridad exponencial. Esto puede premeditarse para imponer una política de “solución final”, porque el orden global y su diseño geopolítico se están desmoronando, y la institucionalidad global está deslegitimada por el accionar imperial.²⁵

Restaurar la Doctrina Monroe era vital para contener las potencias emergentes en el “arco latinoamericano”. Desde la creación del Grupo de Lima y la aprobación de la Carta Democrática (horas después del autoatentado a las torres gemelas), la OEA reafirma su condición de “Ministerio de colonias”, con facultades extraordinarias de fiscalización, injerencia y sanción contra toda desobediencia regional. Su participación en el golpe de 2019 se inscribe en esa línea. Aquella doctrina fue planteada para frenar la injerencia europea mientras se desarrollaban las capacidades de intervención imperial en nuestros países. Pero desde la promoción de la doctrina del *core and the gap*, las “revoluciones de colores” ya no tienen como fin la mantención de Gobiernos títeres, sino la generación del caos constructivo o generalizado para promover la balcanización de regiones enteras. Sin capacidad estatal ni mínima estabilidad, los países condenados a la guerra híbrida solo producen su quiebra; así pueden hipotecarse y ser objetos del remate mundial.

Por ello, la figura del “gobierno de transición” encubre la misión de desmontar y destruir lo logrado como soberanía. El golpe no fue auspiciado por el Imperio solo para cambiar de Gobierno. Desde que los golpistas se atribuyeron decisiones estatales que no les correspondían constitucionalmente, se notó que la “transición” no iba a ser transitoria. Se proponía durar lo necesario para destruir el carácter plurinacional del Estado y sus capacidades

²⁵ El derecho internacional y el multilateralismo ya no sirven para disimular sus intervenciones militares; ahora se lo hace descaradamente.

de recuperación de soberanía. La cooptación del Ejército y la Policía se hizo para contener toda resistencia popular. Deshacer el Estado significa deshacer la nación. Entonces, la “transición” puede valerse de los recursos que le brinda el Imperio y hasta de la planificada epidemia que impone, a nivel global, un Estado de excepción no declarado (en el mundo de la posverdad nada se declara, porque todo puede denegarse de modo plausible). La cuarentena servía para confinar al pueblo y mermar su capacidad de resistencia. Nada es casual en la geopolítica y la plan-demia,²⁶ como ejercicio militar de disuasión estratégica, fue elaborada para colapsar los sistemas de salud pública y provocar el derrumbe económico (Bautista 2020b).

La acelerada corrupción y el robo descarado fueron descubriendo la nueva misión impuesta a los golpistas: condenarnos al “mundo del caos” en la pretendida nueva geopolítica del Pentágono. Si la indefinición de la “transición” a nivel global genera la posibilidad de la política de “solución final” (la eliminación de los pobres del planeta promovida por el neomaltusianismo del 1% rico), en nuestro país, la “transición” se hace infinita porque el desmoronamiento del sistema se amplifica sin resolución. Ya no se trata de la doctrina del *shock*, sino del *shock* continuo e indefinido: un estado de indeterminación que altera todo tipo de convivencia. Es el agravamiento de la guerra fría sin enemigo visible; el virus muta políticamente y se instala como chantaje global. La nueva consigna es: para sobrevivir hay que aceptar que otros mueran.

En nuestro contexto se activa el racismo urbano. Para restaurar el orden (republicano, que añora el señorialismo), el nuevo chivo expiatorio son los indios. Pero esto significa acabar con uno mismo (la auto-anulación como programa de vida), de modo que la transición solo conduce al fin de todo; pero, como siempre hay resistencia, comienza una lucha sin fin. La transición se hace infinita porque, desde la narrativa imperial —que confunde al sistema con la vida— si cae el sistema, cae la vida misma, como declaran los halcones, el ala extremista del partido republicano norteamericano (auspiciantes del

²⁶ Desde que las investigaciones academicistas se comportan de modo “políticamente correcto”, han venido desdeñando referencias que no pueden simplemente dejarse de lado porque el discurso oficial global las descalifique. No hay que olvidar que es la propia CIA la encargada, hoy por hoy, de diseminar “teorías de la conspiración” incluso bajo paraguas académicos. Eso sucedió en medio de la aparición y diseminación de la pandemia, no solo excluyendo las disidencias científicas mundiales, que no eran pocas, en referencia al virus y las mismas vacunas y sus consecuencias sociales y políticas, sino promoviendo la culpabilidad china, por ejemplo. Esto lo exponemos mas detenidamente en nuestro texto *El ángel de la historia* (2021).

golpe y de la doctrina del *core and the gap*), y también los demócratas: “si caemos, haremos lo posible y lo imposible para que el mundo entero caiga con nosotros”. Sobre ese chantaje se sostiene el diseño centro-periferia.

En la geopolítica imperial, el diseño centro-periferia posibilita que el centro desarrollado usufructúe impunemente la riqueza y los recursos de la periferia. Pero, en plena crisis civilizatoria e imposibilidad fáctica de que la economía siga creciendo exponencialmente, los nuevos procesos de acumulación, liderados por el capital financiero global, apuestan por desposeer todo lo que resta. Hasta la humanidad se vuelve un estorbo para el insaciable apetito financiero. Deshacerse de los pobres es coherente con el nuevo paradigma postindustrial, la inteligencia artificial y el transhumanismo que predicán los poderes fácticos y el “nuevo orden mundial”. Sumir a la humanidad en el miedo y la incertidumbre forma parte del reseteo mundial que pretende la élite financiera.

La lucha actual entre globalistas y nacionalistas (o soberanistas), a nivel mundial, se ve reflejada en lucha a muerte de capitales. El capital productivo todavía respondía al concepto de Estado-nación, mientras que el capital financiero apuesta ya por un orden trans-nacional liderado por los gigabancos.²⁷

A los impulsores del golpe no les interesa el Estado ni su carácter nacional, menos el plurinacional. Se trata del despojo final que, en la figura de la *transición infinita* (no se sabe cuándo acaba o a dónde conduce), genera el mejor modo de contención política y moral de todo resquicio de libertad que puedan proponerse soberanamente los pueblos para generar horizontes políticos propios. La figura de la *transición infinita* es la distopía llevada a sus últimas consecuencias; aunque se produzca un cambio gubernamental, la destrucción iniciada y la constante amenaza fascista configurarían el escenario de la imposibilidad de una reconstrucción nacional.

La demolición estructural del Estado, como tarea sin fin, apunta al cercenamiento definitivo del espíritu nacional-popular. Solo la restauración del espíritu plurinacional y del sujeto plurinacional posibilitarían un necesario

²⁷ Cuatro grandes fondos de inversión manejan más del 60% de la economía global: *Vanguard*, *Fidelity*, *State Street* y *Blackrock*. Ya en 1971 Zbigniew Brzezinsky sugería el desplazamiento de los Estado-nación por una gobernanza financiera global en su libro *Entre dos edades. El papel de USA en la era tecnocrónica*. Ahora el desplazamiento se corrobora en la concentración de capital global que poseen esos cuatro fondos de inversión (Jalife-Rahme).

segundo proceso constituyente de alcances más revolucionarios que el del periodo 2006-2010.

La verdadera restauración debe provenir de la activación del horizonte indígena-plurinacional, que precisamente abandona la anterior izquierda gubernamental y que, ahora, reduce su panorama y sus apuestas políticas al electoralismo, como si no hubiese pasado nada, aunque el golpe puso en crisis la democracia y el fetichismo del voto,²⁸ sepultando la deliberación y la politización plena del pueblo constituido en sujeto. Por eso, si hay elecciones y gana la opción popular, generar un nuevo proceso constituyente será fundamental no solo para recuperar la democracia, sino para resignificarla, creando y desarrollando el poder popular.

El sistema democrático es una trampa que es preciso denunciar como mitología imperial (Bautista 2017b). Recuperar la democracia para ungir de nuevo al pueblo con el espíritu democrático supone liberar a la democracia de su raptó imperial. Una revolución democrático-cultural solo será posible trascendiendo la democracia como sistema cerrado de validación formal para crear un sistema abierto de politización democrática o democratización política, es decir, la creación, desde abajo, del poder popular plurinacional.

Bibliografía Citada

- AGAMBEN, Giorgio. 2006. *El tiempo que resta. Comentario a la Carta a los Romanos*. Antonio Piñero, trad. Madrid: Trotta.
- BAUTISTA S., Rafael. 2021. *El Ángel de la historia: genealogía, ejecución y derrota del golpe de Estado 2018-2020*. La Paz: Yo Soy Si Tú Eres.
- . 2020a. "Bolivia: del 'Estado aparente' a la 'anomia estatal'". *América Latina en Movimiento*. Enero 20. [<https://www.alainet.org/es/articulo/204290>] página descargada el 17 de junio, 2024.
- . 2020b. "La pandemia viral como principio del 'panóptico global'". *América Latina en Movimiento*. Marzo 24. [<https://www.alainet.org/es/articulo/205445>] página descargada el 17 de junio, 2024.
- . 2019a. *El tablero del siglo XXI. Geopolítica des-colonial de un nuevo orden post-occidental*. La Paz: Yo soy si Tú eres Ediciones.
- . 2019b. "Bolivia: la 'transición' hacia la 'solución final'". *América Latina en Movimiento*. Noviembre 28.

²⁸ Si el voto se puede manipular y comprar, esta democracia no es el poder del *demos*, sino del *kratos*, del capital.

- [<https://www.alainet.org/es/articulo/203533>] página descargada el 17 de junio, 2024.
- . 2019c. “Amazonas: el infierno detrás del incendio”. *América Latina en Movimiento*. Agosto 26. [<https://www.alainet.org/es/articulo/201785>] página descargada el 17 de junio, 2024.
- . 2018a. “¿Cómo se produce una revolución de colores?”. *Rebelión*. Enero 29. [<https://rebelion.org/como-se-produce-una-revolucion-de-colores/>] página descargada el 17 de junio, 2024.
- . 2018b. “El mito del mestizaje. Crítica des-colonial al sistema de categorías de la colonialidad epistémica”. Heydi Tatiana Galarza Mendoza, ed. *Interpelaciones desde el Sur. Aprendizajes sobre ecología integral e intervenciones etno-ecológicas*. La Paz: Instituto Superior Ecueménico Andino de Tecnología. 13-24. Reproducido en [<https://revistabol.wordpress.com/2022/02/19/el-mito-del-mestizaje-critica-al-sistema-de-categorias-de-la-consciencia-periferica/>] página descargada el 17 de junio, 2024.
- . 2017a. “El ‘termidor’ de la revolución democrático-cultural”. *Rebelión*. Febrero 15. [<https://rebelion.org/el-termidor-de-la-revolucion-democratico-cultural/>] página descargada el 17 de junio, 2024.
- . 2017b. “La guerra del ‘mundo de la post-verdad’”. *Rebelión*. Mayo 16. [<https://rebelion.org/la-guerra-del-mundo-de-la-post-verdad/>] página descargada el 17 de junio, 2024.
- . 2014. *Reflexiones des-coloniales*. La Paz: Rincón Ediciones.
- . 2013. *La descolonización de la política. Introducción a una política comunitaria*. La Paz: Plural Editores. [https://biblioteca.clacso.edu.ar/Bolivia/agruco/20170927035252/pdf_224.pdf] página descargada el 17 de junio, 2024.
- . 2012. *Pensar Bolivia del Estado colonial al Estado plurinacional*. Vol. II, *La reposición del Estado señorial*. La Paz: Rincón Ediciones.
- . 2010. *Hacia una constitución del sentido significativo del Vivir Bien*. La Paz: Rincón Ediciones.
- . 2009a. *Pensar Bolivia del Estado colonial al Estado plurinacional*. Vol. I. *La Revolución Democrático-Cultural: 2003-2009*. La Paz: Rincón Ediciones.
- . 2009b. *La masacre no será transmitida. El papel de los medios en la masacre de Pando*. La Paz: Ministerio de la Presidencia.
- BENJAMIN, Walter. 2018. *Iluminaciones*. Jesús Aguirre, trad. Madrid: Taurus.
- JALIFE-RAHME, Alfredo. 2017. “Black Rock/Vanguard/State Street: los gigabancos que controlan la mitad de Wall Street.” *La Jornada* (México). Domingo 4 de junio. [<https://www.jornada.com.mx/2017/06/04/opinion/018o1pol>] página descargada el 17 de junio, 2024
- MEADOWS, Daniel. 1982. *Los límites del crecimiento: Informe al Club de Roma*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- MIGNOLO, Walter. 2011. *The Darker Side of Western Modernity. Global Futures. Decolonial Options*. Durham, NC.: Duke University Press.

- QUIJANO, Aníbal. 2000. “Colonialidad del poder y clasificación social”. *Journal of World-Systems Research* 6(2): 342-388. [<https://jwsr.pitt.edu/ojs/jwsr/article/view/228>] página descargada el 17 de junio, 2024.
- RIBEIRO, Silvia. 2010. “Crisis climática y destrucción programada de bosques”. *etc Group*. Julio 19. [<https://www.etcgroup.org/fr/content/crisis-clim%C3%A1tica-y-destrucci%C3%B3n-programada-de-bosques>] página descargada el 17 de junio, 2024.
- THOMSON, Sinclair. 2007. *Cuando sólo reinasen los indios: la política aymara en la era de la insurgencia*. Silvia Rivera Cusicanqui, trad. La Paz: Muela del Diablo Editores.
- VÉLEZ DE CÓRDOBA, Juan. 1981 [1739]. *Manifiesto De Agravios*. La Paz: Instituto Boliviano de Cultura, Instituto Nacional de Historia y Literatura.
- WEATHERFORD, Jack. 2014. *El legado indígena: de cómo los indios de las Américas transformaron el mundo*. Roberto Palet, trad. La Paz: Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia.
- ZAMBRANA M., Juan Carlos. 2015. *Destrucción de Naciones. El arma global de Estados Unidos desarrollada en Bolivia*. 2 Tomos. CreateSpace Independent Publishing Platform.
- ZAVALETA MERCADO, René. 1986. *Lo nacional-popular en Bolivia*. México: Siglo XXI.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This journal is published by the [University Library System](#) of the [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#), and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).